

¿Y A QUIÉN LE INTERESAN LOS APÁTICOS?

No terminamos de digerir la noticia de los empleados administrativos de una universidad vendiendo opciones para mejorar notas, cuando se nos sorprende de nuevo con alumnos de otra universidad falsificando certificados de suficiencia en idiomas, requisito para acceder a su grado.

A lo anterior le sumamos la destitución de un funcionario de muy alto nivel, al descubrirse que presentó documentos falsos para acreditar su aptitud para el cargo que ocupó de manera ilegal.

Según la más reciente publicación del estudio sobre fraude de la ACFE (www.acfe.org), se identificó que el 50,4% de los casos de fraude que sirvieron de muestra para el estudio, fueron cometidos por personas menores de 40 años de edad, que todavía no habían llegado a ocupar posiciones directivas en las empresas víctimas.

Esta situación debe ser considerada con la gravedad que implica. El alto porcentaje

de fraudes perpetrados por personas jóvenes pone de manifiesto un hecho inocultable: la generación que viene a ocupar las posiciones de mando en las empresas no tiene una actitud ética mejor que quienes actualmente ocupan estos puestos directivos. En otras palabras, el problema ético se pasó a las nuevas generaciones, lo que fuerza a concluir que no vamos a ver mejoras significativas en este terreno en el futuro cercano.

Malas noticias para la sociedad en general y para las empresas en particular, ya que se deberán redoblar los esfuerzos para controlar este devastador fenómeno.

Sin caer en extremos, reconociendo que el fenómeno de la corrupción ha acompañado a la humanidad desde sus inicios, se esperaba que las dramáticas mejoras en las condiciones de vida de muchas personas fueran a redundar en beneficio de las comunidades que conforman.

Aunque parezca imposible de creer, vivimos en una de las épocas más pacíficas de la historia de la raza humana. Los índices de longevidad se incrementan, al punto de calcularse que una persona nacida en el año 2.000 va a alcanzar fácilmente los 100 años de edad. Estamos cerca de comprender el modo de reponer partes y piezas del cuerpo humano, como si de repuestos para un vehículo se tratara.

Estas expectativas de vida más larga, segura y saludable, sugieren que las personas deberían ser más conscientes y responsables con el medio en que van a vivir sus largas existencias; pero por el contrario lo que predomina (con algunas excepciones) es el ecologismo panfletario y el desinterés por participar en las decisiones que afectan el diario vivir de cada uno de nosotros.

Alguien dijo que la administración pública es un asunto demasiado serio como para ser dejado en manos de los políticos. La reciente destitución del alcalde de nuestra mayor ciudad ha desnudado no solo el lado maniqueo de los comentaristas y grupos de interés, sino que al mismo tiempo ha dejado en evidencia una verdad tan obvia

que nadie parece notarla: ique para ser administrador público (o privado) se requiere formación, experiencia y trayectoria como administrador!

Ninguna junta directiva de una empresa sería capaz de contratar a un gerente sin experiencia, sin estudios y sin logros profesionales que mostrar. Sin embargo, es lo que nuestra democracia ha logrado construir con el tiempo: Una logia de políticos convertidos en burócratas y administradores de la noche a la mañana, aplicando fórmulas descabelladas, fruto en el mejor de los casos de su interpretación de lo que en teoría debería ser el Estado, pero sin una gota de experiencia para mostrar y demostrar que tienen la preparación para regir los destinos de una ciudad.

En no pocos casos estas personas ocupan sus puestos por influencia, por inercia o por descarte, ya que los habitantes de las ciudades renunciaron al ejercicio de la ciudadanía (¿para qué molestarse con votar o con participar, si todo va a seguir igual?), y preferimos actuar como miembros irresponsables de esa enorme junta que debería dirigir los destinos de nuestras comunidades. De manera

similar a como ocurre con las empresas privadas, todos tenemos la obligación de cuidar nuestro patrimonio público y el de las generaciones por venir.

No participar es dejar que otros decidan por uno. Es renunciar al derecho a quejarse.

asr@asr.com.co